

Laura Ortiz Gómez

INDÓCIL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LAURA ORTIZ GÓMEZ
INDÓCIL

TUSQUETS
EDITORES

Esta es la desmemoria de una casa

nadie me conoce yo hablo la noche
nadie me conoce yo hablo mi cuerpo
nadie me conoce yo hablo la lluvia
nadie me conoce yo hablo los muertos

ALEJANDRA PIZARNIK

¿Eso fue hoy o mañana?

Ya no me acuerdo.

Si quiero me recompongo de todo colapso, entre la música y la miseria. Fui refugio de muchas, muchas gentes. Pasaron por mis habitaciones como en las vísceras del tiempo: escupí vida y pujé muerte. Hasta que me metieron tres cadáveres adentro, emparedados en la piel.

Soy vieja, viejísima. Soy la única medida posible de la duración. Me faltan muelas, tímpanos. El polvo me taponó seis gargantas. Me pudro en mis propias humedades. Soy la rajadura, la herida expuesta del recuerdo, me estoy pudriendo. Hay risas de niños adentro mío, en el pleno centro. Este es el signo de mi caída y dura años. El sonido de mi colapso es esta jerga que viene por todo, ruin, como un amanecer. Estoy despierta y me estoy pudriendo. ¿Puedo escuchar el inmenso ruido de mi invisibilidad? Cuando ya no quede nada, yo estaré aquí, muriendo.

Pero no, eso fue después. Antes me hicieron y me hice. Yo misma ayudé a los albañiles a levantarme, guie a los carpinteros para entretejer las gubias y esculpir flores y caras de querubines que fueran mis puertas rostro. Dirigí las manos de los yeseros para que tersaran molduras para cada farol. Me hice bella. Me hicieron bella. Nos hicimos bella.

Como cualquiera, no puedo afirmar que quería existir, pero en algún punto indeterminado de la construcción, me hice para ser. Nací del agua y de la tierra. Lúbrica me sequé. Iluminé el pulso de los que cortaron mis dientes de mármol: mi frío y brutal recibidor. Coroné mi corazón con un ojo visor: un vitral que alumbraba mi centro todo. Me erguí sobre San Telmo. Me supe hermosa y volteé a percibir a mis hermanas. Ahí estuve triste un tiempo; me encontré mediocre. Mansiones más bellas me sitiaban. La tristeza redobló porque mis hacedores, a quienes yo hacía hacer, me abandonaron. Sin más, se fueron. Vinieron otros, uno que se llamaba don Demetrio Núñez Ortega y sus tropas de familia. Vinieron entonces a hacerme cosquillas caprichosas en la entraña de mis salas, moviendo muebles y tapices y colgándome espejos que me reproducían toda en infinitas formas de mis adentros. Eran raros. Se decían *dueños*. Ataban mi vida a la suya, como si fueran el mismo lenguaje. No me sometí. Decían *mi casa*. Y yo, recién nacida, decía para adentro: soy la casa de mí.

Dos mujeres vivían arriba y otros más carnosos abajo. Después me metieron tres muertos adentro de mis paredes de piel y cal. Pero eso fue después cuando otros se decían casa de mí. Los de abajo, rubios y redondos, me tomaron toda para extender sus camas, sus pies y sus pasiones. Traían gente que me halagaba y, al salir por mi puerta rostro, soltaban burlitas como pepas de carbón. Yo me enfurecía y hacía frío en mis ventanas. Hacían bajar a las chicas flacas de arriba para que pusieran más leña en mis gargantas. Me aburría; ya no me acuerdo bien. Yo creo que mañana nacía de nuevo y yo me ponía bella y me enfurecía y me abandonaban y me metían tres muertos en las entrañas. Si quiero, me pongo de pie y recuerdo mañana.

Yo me ponía a charlar con las otras, las vecinas de mí. Respingaban sus tejados franceses y me decían *oui oui ma chérie*, estoy con un catarro en la mansarda porque me están moviendo el tapiz japonés y se reían con todos sus dientes vidrios iluminados. También hablaban de fulana y sutana con horror. Decían: Están desvalijadas, hay hordas de gente que las penetra, son sucios y hablan idiomas indecentes. No les dan las venas para tanta mierda y se rebozan de aguas negras, aguas de caca, en sus cloacas pies. Hubiera querido otro piso para estirar la columna y ver las hordas y entender indecente y los idiomas. Pero se mantuvo el miedo que era adentro y afuera, un miedo que se me hacía en los de abajo, en don Demetrio y su familia y en las vecinas. Decían todos al mismo ritmo: Peor que la fiebre amarilla son los pobres. Y yo sentía que lo que me hablaba adentro me hablaba afuera, haciendo una reverberación de terror. Los pobres y lo indecente venían por mí, que era apenas una recién nacida. Me ponía dura, tensaba las columnas y las chicas de arriba me aflojaban las puertas con aceite.

Si tuviera que decir un principio dentro de mis principios, diría ellas: las de arriba, las dos chicas. El principio fue el encuentro que me fabricó, haciéndome por segunda vez. Fulgor.

Me encontré en ellas: las pude ver bien claritas, moviendo y acariciando. Supe que se llamaban Vira y Olena. Sacaban unos palos con pelos duros y me hacían suaves cosquillas en el paladar. Me parecieron delicadas y me entregué. Soñábamos juntas a que eran de mí. Ellas decían que yo era agradecida, que un poquito de cera perfumada y mírala que linda, la escalera parece nueva. Yo me ponía coqueta y les hacía subir el perfume de mis maderas a sus camas. Ellas se movían al pedido de una campanilla, todo el día haciendo lo que los otros no. Yo decía: son las reinas; se hacen a sí mismas como yo a mí. Y ahí toda fascinación porque éramos lindas juntas, haciendo. Y yo, toda mimos, me entregaba a su quehacer. Aprendí la palabra escoba y se me hizo sinónimo de dignidad, cepillo erguido para estar.

De las dos reinas, me detenía siempre en Vira. La veía nacer cada vez y con ella, la tierra nueva, la luz nueva. Nacíamos juntas. En sus manos huesudas se hacían mundos. La rastreaba dentro de mí, asombrada. Vira hacía ropa, hacía olores, hacía fuego. Vira hacía operaciones sobre la materia, rozándome, volviéndome viva. Tomaba verduras y ramas y músculos de animal, los destrozaba balanceando sus dedos flacos. De esas ollas salía el alimento para todos, para cada uno. Les daba al perro, a las palomas y a los gatos. Ella comía de última en la mitad de mi siesta. Yo me encorvaba la lumbré en el fogón. Vira también dormitaba, pero con los ojos abiertos. El fuego se ponía lento y pesado, como si nos bailara la lengua. Vira era mi reina favorita, aquí y allá y ahora, porque tenía el mismo peso que los animales oscuros de mi tejado. Un venadito de sombra. Un venado rotundo, capaz de las peores patadas. Un venado terrible, que escurría fuerza viva en su debilidad. Toda violencia encapsulada en un cuerpo flaco, vibrando en silencio.

Vira me percibía y yo me percibía en Vira. Pero con ella, siempre algo corrido, algo difuso. En sus ojos de ciervo habitaba una sospecha desorbitada. En su pupila veía el reflejo de una terrible amenaza sin nombre y siempre por venir. Eso que la acechaba estaba muy afuera de mi abrigo. Vira se sentaba encorvada y hacía grafías en papeles que robaba a

don Demetrio. Le escribía a un tal Taras. Yo me devoré las cartas y aprendí estos signos. Estos dibujos que suenan y que se unen para señalar. Letras uñas. Letras garra. Vira escribía cosas que eran llorar. *Taras, hermano, le pido que venga a América, me han dicho que usted corre peligro.* Por un tiempo pensé que me llamaba América. Ahora sé que me llamo casa y mi casa es América. Y América es una casa que de lo vieja es muy nueva. Vira me dio las letras para escribir Vira.

Les conté a las vecinas la maravilla. Les dije: Encontré, cama adentro, el amor, y hay una cosa llamada escritura. ¡Hay reinas que me habitan! La que escribe se llama Vira y es un venado pisando lo oscuro de la noche. Las vecinas se rieron. Dijeron que era una casa boba, inocente e insulsa. *Oh, my dear, they are not queens, they are servants! How awful. The smell. Can you imagine?* Se carcajaban con las puertas y movían las columnas. *Mais comme c'est ridicule, elle ne se rend compte de rien, la pauvre.* Yo me quedé muy tiesa hasta que cayó la noche. Me encerré en mis bordes y no percibí mi cuerpo ni mi tiempo.

La vecina de enfrente me despertó chistando suave, tocando la raíz que andaba mi sótano. Me explicó detenidamente que las reinas de arriba eran parte de *la peste de los pobres*, que yo era *de* la gente de abajo, de la familia redonda, del Señor Demetrio Núñez Ortega. A él me debía. Me debía al señor, como estar en deuda para siempre. La vecina también me dijo: *Tu dueño es un médico y sabe mucho más que escribir. Dicen en el barrio que está bien, que no es divinamente, pero tiene su dignidad.* Yo le dije que no entendía «dignidad por tener» y ella arrancó a explicarme un mundo de escalafones que organizaban a la gente como en una escalera. *Arriba de todo está tu patrón, él te hizo con su dinero y a él le perteneces. Don Demetrio puede vivirte o venderte o regalarte o destruirte. Es el dueño de tu vida.* Cerró la retahíla diciéndome

que las casas que no aman a los dueños se van al infierno. Yo me encabrité y le dije que ningún don Demetrio me había hecho, que yo me hice sola como hace Vira el fuego y que en todo caso los que me pusieron el cuerpo fueron los albañiles. Y ahí ella dijo que los albañiles *eran de* Demetrio, que él los pagaba con su dinero. Fruncí la facha y supe que todas las casas estaban locas; que creían deberse a alguien y que tenían el mundo al revés. Como si metieran los tejados en la tierra húmeda. Me supe sola. No me entretenía. Volteé mi mirada al patio y vi a las reinas regar un manzano. Escurrí trescientas lágrimas por la canaleta y les ayudé a fundar un mundo.

Fui entonces cosmos y escenario de Vira y Olena. Fui madre y huevo y fruto para sus presencias tremendas, para su cotidianidad agobiante, para el mover la escoba de arriba abajo con besos en las yemas de cada dedo escalón. Vira seguía escribiendo cartas que cruzaban más allá del Río de la Plata, y hablaban de mí.

Ellas mi vida y yo la de ellas.

Son infinitas las acepciones del amor.

Vira insistía: *Taras, quiero que venga, la América es grande, una sola planicie sin fin. Requieren obreros. Hay metalúrgicas y también talleres ferroviarios. Dicen que hasta dan tierras para quien las quiera cultivar. Taras quiero que venga, lo buscaré en el puerto y le encontraré un trabajo y un hogar.* Ahí supe que Vira era mía, que había uno como ella y quise saberlo cobijado por cada teja de mis senos. Supe que hogar era una palabra que podía remplazar a casa y que era otro nombre de mí.

Me gustaba ver a Vira y Olena a la noche cuando se reunían cerca de mi corazón salamandra, chismeaban y se reían como escandalizadas por su propia risa. Se desplegaban en esa frontera extraña que aún la maldad y la ternura. Olena decía: «Le he puesto tres gotitas de meo de gato en su loción francesa de varón. De-meo Núñez-Ortega». Yo hacía crujir las brasas y les recalentaba la cara en un fulgor rojo. Así nos reíamos todas por la noche.

Una tarde golpeó en mi cara una mujer. Estaba doblada bajo el peso de un costal, que desde afuera parecía liviano. Me retorcí. Sentí pena por los bracitos escuálidos de esa mujer y sin embargo me resistí. Hice una fuerza férrea contra la mano de Vira, que intentaba abrirme, dejar pasar a esta señora inquietante por mi primera puerta. Puso un pie en mi interior y, ahí, se inauguró un llanto. Un llanto de niña, un llanto de pájaro. Agudo, ensordecedor a su manera callada. Me arremoliné. ¿Qué cosa traía esa mujer en la espalda? ¿Era posible cargar con un gemido en las vértebras? No quise, me resistí, pero la mujer subía sobre mí, guiada por cada escalón que componían mis vertebras de madera. Quise a esa mujer afuera. Abrí la boca diciendo ay, eso que trae la mujer es la noticia de un dolor. Ya me acuerdo.

La seguí con suma atención. Sentí que en la bolsa venía un muerto, pero en la tripa cargaba un vivo. Vira se frenó. Le preguntó por la panza. La mujer también abrió la boca y dijo: «Se llamará Norma, pero tengo miedo. Se llamará Norma Guimil». Vira la miró con ojos acuosos y reprimió un abrazo. Las manos igual se le fueron solas y la rozó apenas en el hombro. Dijo solamente: «es normal. Tener una hija da miedo». Apuntó a la doble puerta del estudio y añadió: «Ahí, entre ahí, es el estudio de don Demetrio».

La mujer me atravesó de nuevo. Demetrio la determinó a medias. La mujer sacó una voz temblorosa y

masculló como pudo: «Traigo este encargo de parte de Don Martínez de Hoz». Demetrio la miró con una lascivia cruel, deteniéndose en la panza. Ladró: «Bien. Sáquelo de la bolsa». A la mujer le temblaron las manos; Norma Guimil se revolcó adentro del mundo rojo de su útero. La mujer reprimió las ganas de vomitar. Me mareé. Quise tocar mi propio vientre, pero me costaba saber de mí. Hice frío para adentro.

Salió un viento ajeno de la bolsa y un alarido seco. Un aullido de estero. Un sonido a machetazo y a río. La mujer sacó de la bolsa, uno a uno, los huesos de una niña. Sus huesos desnudos a cara limpia me revolvieron los hígados porque la niña no paraba de llorar. Un ataúd al aire libre que Núñez-Ortega miraba hipnotizado. Yo cerré los párpados pesadísimos para no escuchar el pitido agudito que era el llorar permanente de los huesos de lo que había sido la niña tehuelche. Demetrio se enfureció y soltó insultos para mí toda. *Casa de mierda*. La mujer se sobresaltó y su salto fue a caer en mí un pedazo de sus pesadillas. Rebotó su horror en mi piel de madera. Su horror era todos los días en la casa de su patrón.

Esta mujer gestaba a Norma Guimil, planchaba las sábanas, limpiaba la vajilla de plata, pero no bastaba, los Martínez de Hoz la hacían llevar esqueletos de niñas por toda la ciudad. Pero no bastaba; en la casa de su patrón entraba oro y salían cadáveres y las inmigrantes limpiaban. Cómo podía ser eso. Reinar,

mandar desde las muelas de una matanza. La mujer aprovechó la fascinación de Demetrio, se despidió afanada y salió de mí. El llanto de la niña quedó haciendo eco por mi cuerpo.

No me lo pude sacar por años, ya me acuerdo.